

Stojan Novaković

León Trotsky

19 de diciembre de 1912 (1 de enero de 1913)

(Versión al castellano desde “Sotjan Novaković”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 112-118. Publicado en *Odeskie Novosti*, número 8.902, 19 de diciembre de 1912, 1 de enero de 1913; *Noticias de Odesa*, periódico editado en Odesa por el primo de Trotsky, el liberal Moesej Filippovc’, con cuya familia habitó Trotsky durante sus estudios secundarios.)

La delegación serbia en las negociaciones de “paz” está encabezada por Novaković, una figura política que encarna gran parte de la historia serbia reciente. En realidad, Novaković no es realmente un historiador, ni un político, sino más bien un erudito filólogo e historiador. Incluso en un país atrasado como Serbia, la cultura tiene un valor que puede invertirse, sin ninguna dificultad, en cualquier sector de la actividad social.

Novaković tiene ahora más de setenta años. Su carrera política comenzó en tiempos del príncipe Milan [Obrenović]. En 1873, con treinta y tantos años y con solo experiencia como profesor de secundaria y director de un museo histórico a sus espaldas, se convirtió en ministro de educación. Pertenecía al partido *naprednjak*, es decir, el partido progresista. Estos progresistas, que se habían fijado el objetivo de europeizar el estado serbio, importaron de occidente las fórmulas políticas del liberalismo. Pero para aplicar estas fórmulas a la realidad serbia faltaban sólo algunas cosas: las capas sociales medias, las ciudades y una cultura urbana.

Así que el balance de su trabajo consistió en poner en orden el aparato burocrático y (sobre todo) fiscal, y sustituir la democracia primitiva por una monarquía burocrática apoyada por un nuevo ejército. Como era lógico esperar, el partido *naprednjaci* degeneró en una camarilla conservadora y burocrática que giraba en torno al eje de la corte principesca. De hecho, el partido *naprednjaci* siguió el mismo camino que un antiguo partido serbio, el partido liberal, que ahora se autodenomina partido nacionalista. Este partido, como atestigua su nombre original, comenzó con la idea de construir un estado de derecho, pero acabó siendo una muleta para el brutal despotismo de los Obrenović. En los países del cercano y lejano oriente (y, en algunos aspectos, también en Rusia), podemos ver cómo se toman prestadas de Europa ideas, formas y, a veces, incluso terminología, para expresar exigencias históricas más primitivas. Las mascaradas políticas e ideológicas son una característica constante de estos pueblos atrasados. Incluso Novaković tuvo que admitir (como veremos más adelante) que era una característica de los partidos serbios ejercer una especie de saqueo arbitrario del patrimonio de la *terminología política europea*.

En vísperas del estallido de la guerra, visité a Novaković. Vivía en una casa antigua, decorada con un gran número de alfombras serbias hechas a mano y estanterías llenas de libros. No esperaba aprender nada nuevo del dueño de la casa, que en aquella época estaba muy alejado de la acción política; sólo quería hacerme una idea más clara, a través de su punto de vista, de los hombres que han formado la historia de este país, en distintas épocas, y comprender mejor sus costumbres políticas. Durante esta entrevista, necesariamente de carácter formal, un ayuda de cámara irrumpió con una bandeja en el estudio repleto de libros. La primera vez, se presentó ante mí con una cucharada de mermelada en un plato pequeño y un vaso de agua. El anfitrión, al notar mi desconcierto ante este interludio hospitalario, me explicó:

-Esta es una costumbre serbia, no sabía si la conocía.

-En ese caso, permítame tomar sólo agua, respondí, temiendo que fuera difícil hacer preguntas con mermelada en la boca. Por supuesto, aún tenía que probar la mermelada. Unos minutos más tarde, apareció de nuevo el mismo criado, con una bandeja y una taza de café turco. No cometí el mismo error y, quemándome los labios, sorbí obedientemente el café hasta la última gota.

El señor Novaković respondió a mis preguntas (si habrá guerra, cuáles son las exigencias de Serbia, etc.) en un ruso pasable, utilizando frases convencionales pronunciadas con un estilo diplomático bastante anticuado. Como corolario a cada una de sus respuestas, añadía invariablemente:

-Naturalmente, el gobierno está mejor informado.

O bien:

-Sólo el gobierno está perfectamente informado sobre este tema.

O también:

-En lo que a mí respecta, a nivel personal, me imagino que...

Refiriéndose a la situación internacional, Novaković evitó cuidadosamente mencionar los nombres de las potencias de las que hablaba en términos poco amistosos:

-En cuanto a las intenciones, poco favorables para nosotros, de nuestro poderoso vecino del norte, diría...

¡Qué diferencia abismal con Nikola Pašić! Pašić también es lacónico, y no posee la virtud política de expresar claramente sus pensamientos. Pero el lado evasivo de Pašić tiene un carácter muy práctico. Siempre da la impresión de ocultar algo o de alargar las cosas. Hay algo plebeyo en la astucia y aparente franqueza de este anciano. Detrás del diplomático siempre acecha el viejo demagogo que agitó a las masas contra la monarquía y derrocó reyes.

Las frases convencionales de Novaković tienen un carácter más afectado. Su estilo político es el de un burócrata conservador que ha envejecido con la convicción de que la historia se hace en los palacios, el de un hombre que aceptó servir al régimen del príncipe Milán, fundamentado en la arbitrariedad y el saqueo de los bienes públicos, y que, sin embargo, logró mantener, en este contexto, una corrección formal e incluso una rectitud moral.

En 1883 estalló en Serbia la gran revuelta de Zaječar¹, provocada por el gobierno de Milán con el objetivo concreto de desarmar al pueblo. Enardeció a la Serbia occidental, la patria de Pašić. Los disturbios fueron duramente reprimidos y muchos de los cabecillas fueron juzgados. Entre los condenados a muerte estaban Andra Nikolić, actual presidente de *Skupština*, y Rac Milošević, actual director de los monopolios estatales y traductor de Marx y del ruso Sieber. Cuando estalló la revuelta, Nikola Pašić huyó a Bulgaria, vía Hungría, y fue condenado a muerte en rebeldía. Al año siguiente, 1884, Novaković se convirtió en ministro del interior de Milán. Ahora, ¡Pašić ha confiado a Novaković la responsabilidad de dirigir las negociaciones de paz en Londres!

Una vez aplastada la revuelta de Zaječar, Milan se dio cuenta de que la tierra cedía aún más bajo sus pies que antes. En este tipo de situaciones, los hombres de su calibre siempre intentan librarse gracias a la guerra. Pero sufrió una estrepitosa derrota contra Bulgaria en 1885. Temeroso del partido radical, Milan intentó abandonar el país, pero se lo impidió su primer ministro, Miliutin Garašanin, que bloqueó el tráfico ferroviario en toda Serbia durante varios días. La combinación de tragedia sangrienta y farsa caracterizó el régimen despótico de Milan, y posteriormente el de su hijo Alejandro. Tras la guerra serbo-búlgara, Milan consiguió mantenerse en el poder, otros dos años más, gracias a medidas muy represivas. Pero al final tuvo que dimitir y abdicar a favor de su hijo, a quien había transmitido su extravagancia despótica pero su indudable talento, y que

terminó su carrera miserablemente en 1903. Desde entonces, mandan los radicales y, con el cambio de dinastía y de régimen, el partido de Novaković pasa a la oposición.

Aunque, a su manera, desempeñó un papel importante dentro del antiguo régimen, primero como ministro de educación y de interior, luego como presidente del consejo y embajador en Constantinopla y San Petersburgo, Novaković nunca se comportó como un lacayo de Milan o del tiránico Alejandro. Siguió siendo un hombre honesto y se mantuvo fiel a sus principios, lo que, por cierto, no es tan raro entre los ministros serbios como entre los búlgaros. Su ideal era un estado constitucional conservador, basado en la censura. A menudo entró en conflicto con Milan y su hijo a causa de sus opiniones. Sin embargo, ellos tenían en cuenta su opinión hasta cierto punto. Al fin y al cabo, hasta el régimen más desafortunado y cínico puede apreciar a un hombre honesto si, al asumir sus responsabilidades, garantiza que no está todo “[...] podrido en el reino de Dinamarca”: no podemos estar tan podridos si tenemos a un pedante virtuoso como Novaković de ministro del interior. A su vez, el pedante, no del todo desprovisto de astucia, se consolaba, sentado cómodamente en un sillón, con la idea de que tendría que tragar mucho, y era cierto, pero que, al mismo tiempo, podría hacerse valer en cuestiones secundarias.

El conservadurismo legal y liberal de Novaković era una herencia destinada a disminuir con el tiempo. La oposición campesina y pequeñoburguesa al régimen de Obrenović se había unido bajo la bandera antidinástica del partido radical. Las clases que iban tirando al margen de la gran masa campesina eran aún demasiado débiles y poco desarrolladas para apoyar un liberalismo basado en presupuestos conservadores. Novaković no buscaba ninguna base social para sus principios porque confiaba únicamente en su influencia en la corte como *hombre intachable* que se identificaba con el régimen.

Hace un mes se publicaron las memorias históricas de Novaković *Dwadeset godina ustavne politike u Srbiji (1883-1903)* [Veinte años de política constitucional en Serbia], un doloroso relato de sus intentos de conferir (*desde dentro*) legalidad al absolutismo de la familia Obrenović. Con la unilateralidad pragmática que caracteriza las memorias de los hombres de estado que tuvieron que contentarse con un papel secundario tras el hundimiento del régimen liberal, Novaković se describe a sí mismo como un opositor del absolutismo al que intentó dar, lo mejor que pudo, “un aspecto benévolo”. Antes de la revuelta de Zaječar, Novaković fue ministro de educación. Se negó cautelosamente a participar en el gobierno que iba a instaurar una represión sangrienta, y se mantuvo al margen durante todo este periodo. Finalmente, una vez que los otros (sus compañeros de partido) terminaron el trabajo, Novaković reapareció con la conciencia tranquila para ocupar el cargo de ministro del interior. Pero cuando Milan rechazó el plan de salvación que habría puesto fin a la “arbitrariedad desde arriba” y a la “anarquía desde abajo”, Novaković dimitió del gobierno de Garašanin.

Tras la desventura de la guerra de 1885 y el intento fallido de limpiarse el polvo de su amada patria de las botas, Milan convocó una conferencia de eminentes estadistas para pedirles consejo sobre cómo podía salir del lío en el que se había metido. Novaković volvió a presentar sus proyectos de leyes fundamentales destinadas no solo a pacificar el país, sino también a aumentar su prestigio en el extranjero. Una vez más, no se consiguió nada. Después de 1894, cuando el antiguo rey Milan regresó a Serbia para continuar su antigua política utilizando a su hijo Alejandro como escudo, éste intentó persuadir a Novaković para que asumiera la responsabilidad de formar gobierno. Dos días de conversaciones no dieron resultado. Se estableció un gobierno de perfil bajo, formado por una coalición de *naprednjaci* y liberales. En 1895, Alejandro intentó librarse de la tutela de Milán; Novaković aceptó el cargo de primer ministro a condición de que el rey aceptara

su programa, que incluía una revisión de la constitución. Pero Milan demostró ser demasiado fuerte y Novaković tuvo que retirarse de nuevo.

Con admirable y obstinada pedantería, Novaković preservó sus propias concepciones históricas y filosóficas: el conservador de viejo cuño ha seguido siendo, hasta hoy, partidario de la teoría orgánica del desarrollo social. Tras haber gobernado su barco a través de los golpes de estado, guerras e insurrecciones que han desgarrado este pequeño país, el politólogo sigue deleitándose con la convicción pseudocientífica de que la sociedad humana evoluciona como un organismo biológico. Insta en vano a los gobernantes en miniatura de su país a que adapten sus prácticas estatales a sus doctrinas: pero prefieren actuar desafiando las “leyes fundamentales”, incluidas las relativas al... “desarrollo orgánico”. “La autocracia es atractiva y agradable [se queja Novaković, melancólicamente], y no se pueden superar sus encantos con deducciones políticas abstractas”.

La teoría orgánica conservadora, que ayudó muy poco a Novaković en su trabajo político, le jugó una mala pasada al historiador de Serbia. Al tener dificultades para encontrar una explicación a las vicisitudes de la política serbia, ahondando en los sustratos biológicos de la sociedad, se vio reducido a buscar la clave de los misterios de la historia dentro de las intrigas personales. Así, una parte sustancial de veinte años de política *constitucional* serbia fue analizada a la luz del antagonismo entre Milan y su esposa, Natalie. Incapaz de establecer la biogénesis de los partidos políticos serbios, Novaković tuvo que admitir que no eran componentes orgánicos, sino “asociaciones artificiales que tomaron prestados sus nombres de la terminología política europea”.

La última década de la historia serbia, que transcurrió bajo la égida del partido radical que, entre verdades y mentiras, fue capaz de aglutinar a las masas, no resultó ser sin consecuencias para el partido a cuya cabeza permaneció Novaković durante tres o cuatro décadas, no como líder activo, sino como *experto* y... figura decorativa. Ante la evidencia de los hechos, Novaković tuvo que admitir que, durante un proceso de modernización, la principal tarea de un político no es destetar a los reyes, gracias a “deducciones políticas abstractas”, del “encanto hipnótico” del despotismo, sino “ganarse la confianza del pueblo”. “Esta aspiración planteada por los círculos radicales”, reconoce en su libro, “también ha sido señalada por los círculos antirradicales”.

Para ganarse la “confianza del pueblo”, el partido *naprednjak* lucha tenazmente, y no sin éxito, contra los radicales del nuevo régimen. Este partido (que, al firmar el tratado serbo-austriaco concluido por Milan en 1882, convirtió a Serbia en vasallo de facto de Austria) no encuentra ahora palabras suficientemente fuertes para denunciar la falta de firmeza de los viejos radicales en su trato con la monarquía del otro lado del Danubio. Sin embargo, los maestros del radicalismo no estaban dispuestos a ceder ante sus alumnos. Durante los meses cruciales de la crisis de la anexión, cuando se cernía la amenaza de un golpe contrarrevolucionario, Pašić formó un gobierno de “gran coalición” y puso a Stojan Novaković a la cabeza. Repartiendo sus responsabilidades, consiguió mantener al partido radical en el poder.

- ¿Piensa usted formar un gobierno de coalición mientras dure la guerra?, pregunté a Novaković a finales de septiembre.

-No hace falta [respondió], lo dejamos todo a la discreción del gobierno.

De hecho, tras la formación de la Liga Balcánica, la situación política era tan favorable a Nikola Pašić que no necesitó recurrir a un gobierno de coalición. Al final de la guerra, cuando las dificultades y peligros, temporalmente aparcados, reaparecieron en toda su importancia y quedó claro que la paz no traería a Serbia todo lo que la guerra había prometido, Pašić puso a Novaković al frente de la delegación de “paz” en Londres.

Es posible que la historia, a la que Novaković se ha dedicado con gran seriedad y con importantes resultados en el campo de la investigación, quisiera ofrecer una última oportunidad a este pedante representante de un país que no lo es. Podría utilizar una vez más sus “deducciones políticas abstractas” para convencer a los diplomáticos europeos de que Serbia necesita un acceso libre e ilimitado al mar Adriático para su “desarrollo orgánico”.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹ *La revuelta de Zaječar* (llamada también Timočka buna, revuelta de Timok). Revuelta campesina en la provincia de Zaječar, en la Serbia oriental, contra el gobierno serbio. La revuelta fue organizada por el partido radical, constituido en 1881, que se declaraba continuado de Svetozar Marković. Los radicales, a cuya cabeza estaba entonces Pašić, lanzaron determinadas reivindicaciones contenidas en su programa: reformas internas, política exterior independiente (de Austria, bajo cuya influencia se encontraba entonces Serbia) y unión de todos los serbios. Las elecciones de la *Skupština*, durante el otoño de 1883, a pesar de todos los esfuerzos del gobierno conservador, dieron una gran mayoría de votos a los radicales. Así, el rey Milan decidió disolver la *Skupština* y encargó al monárquico (exmariscal) Krstić que formase gobierno. Este último puso en marcha la represión, hizo arrestar a los radicales notorios e impuso a la población la presentación de las armas. Esta última medida provocó una gran indignación entre los campesinos, ya descontentos con el gobierno. En la circunscripción de Zaječar el descontento llegó hasta la revuelta armada. Milan movilizó contra los insurgentes a casi la mitad del ejército serbio bajo el mando del general Nicolíć. Tras una serie de conflictos sangrientos, las tropas gubernamentales desalojaron a los insurgentes de las ciudades que ocupaban: Zaječar, Knjaževac y Aleksinak. Fueron capturados y ejecutados numerosos miembros del partido radical. Todo el comité radical belgradés fue arrestado y acusado de lata traición. Solamente algunos elementos, entre ellos Pašić, lograron refugiarse en el extranjero. *La revuelta de Zaječar* fue seguida de años de feroz represión; se decretó el estado de sitio en las provincias que fueron el teatro de los amotinamientos; las leyes sobre la libertad de prensa y de reunión fueron suspendidas y se instauraron tribunales especiales.